

y á sus hijas abadesas.
 PENDÓN. Amén.
 ROBERT. Volvamos á casa,
 donde con tálamo igual
 amor os junte.
 DOROT. No hay mal
 que ponga á mis dichas tasa.
 ¡Venturosa yo, que gozo
 belleza y virtud!
 HOMO. Mi Dios,
 sed nuestro himeneo vos.
 PENDÓN. ¿Oyes, moza?
 ESPERAN. No oigo, mozo.
 PENDÓN. ¿Quieres que matrimoñemos?
 ESPERAN. ¿Pues no?
 PENDÓN. Pues toca.
 ESPERAN. Pues tome. *(Date.)*
 PENDÓN. ¡Ay!
 ESPERAN. Si hay.
 PENDÓN. Desnarigome:
 ¿Pero querrásme?
 ESPERAN. Veremos.
(Vanse, sino es Pendón.)
 PENDÓN. ¿Veremos? ¿Por el plural?
 Así hablan las Paulinas.

ESCENA V

Salen LELIO y GRIMALDO.—DICHOS.

LELIO. Verás cuánto desatinas;
 pues los dos al tribunal
 citados de Dorotea,
 ha de quedar concluido
 nuestro pleito.
 GRIMAL. Yo he venido
 seguro de que en mi emplea
 su gusto y que te aborrece.
 LELIO. La soberbia es presumida,
 pero en ti desvanecida.
 PENDÓN. Vuestro amor se está en sus trece
 y aunque en sus catorce esté,
 la dama escogió otro gallo,
 el que á esta quinta á caballo
 vino, volverá á pie;
 porque ya el niño con alas
 que se pintaba desnudo,
 si holgazán hasta aquí pudo
 pasar en carnes sin galas,
 como ya es boca de invierno,
 hasta que vuelve el Abril,
 aprende oficio sastril,
 y entre sus ribetes tierno
 ropas busca que autorice
 su desnudez, y ha querido
 mientras hilvana el marido
 que la mujer ojalice.
 LELIO. ¿Qué dices, loco?
 PENDÓN. Perdono
 el título que me dan,
 que presto le adquirirán.
 ¿Conocen á un Homo Bono
 vecino aquí y morador?
 GRIMAL. Creo que le oí nombrar.
 LELIO. Un sastré es que ha de morar
 cerca de aquí.

PENDÓN. Vencedor
 de los dos, acaba agora
 de llevarse el gallinero.
 El entró aquí aventurero,
 y ella, que es mantenedora,
 pues que le ha de sustentar,
 la sortija ó el anillo
 de esposa le dió, el decillo
 yo os daré que sospechar;
 pero no hablando peinado,
 digo, á fe de buen Pendón,
 que es la dama, en conclusión,
 del sastré su desposado,
 porque entrándole á tomar
 la medida de un vestido
 se le vistió de marido,
 y fuera os mandan echar
 de esta pretensión, por señas,
 que esposos deste jardín
 se van ruín con ruín
 que así se casan en Dueñas.
 GRIMAL. Si no supiera que el vino
 te hace hablar desatinado...
 PENDÓN. Yo soy un pendón honrado,
 y el vino esta vez no vino.
 LELIO. ¿Con un sastré?
 PENDÓN. ¡Vive Dios!
 que estaba por él perdida;
 que él le tomó la medida
 y amor agora á los dos;
 y que no se le da un higo
 por vuesastedes.
 GRIMAL. Si hará,
 que es mujer y escogerá
 lo peor.
 PENDÓN. También lo digo.
 LELIO. ¿Con un sastré, y mi nobleza
 desprecia?
 GRIMAL. ¡Ah, mujer!...
 PENDÓN. En fin,
 Sancho para su rocín,
 tal simple, para tal necia.
 GRIMAL. ¿Con un oficial tan bajo?
 PENDÓN. Eso no lo sufriré,
 que ser sastré profesé
 desde hoy cosiendo á destajo;
 y aunque de moneda falto,
 contra necios que le infaman,
 y oficio bajo le llaman
 se suele coser en alto;
 y tanto lustre le dan
 los libros (citarlos quiero),
 que Dios fué el sastré primero
 que vistió á Eva y á Adán,
 Dios se llama Alfa y Omega,
 y el sastré es, por más quilate,
 en Portugal, Alfayate,
 con que el Alfa se le pega.
 Y siendo Dios uno y trino,
 que este oficio comenzó,
 el nombre de tres le dió
 cuando al sastré á nombrar vino;
 aunque corrupto después,
 pues por ser tan singular,
 los sastres quiso llamar
 no sastres, sino san trés;
 porque el Santo tres y uno

cortó á nuestros padres fieles
 vestidos de aquellas pieles
 cuando quebrantó el ayuno.
 La soberbia y interés
 que nos inclinó á pecar;
 y así chitón y estimar
 los sastres, que son San Tres. *(Vase.)*

ESCENA VI

LELIO y GRIMALDO.

LELIO. Si esto es verdad, ¡vive Dios
 que he de executar castigos!
 GRIMAL. Sido habemos enemigos:
 conformémonos los dos
 para trazar la venganza.
 LELIO. ¿Con un sastré? ¿hay tal afrenta?
 GRIMAL. Yo no es mucho que la sienta,
 viniendo con esperanza
 de verla gobernadora
 de Milán y de Pavia.
 LELIO. Yo en heredando entendía
 hacerla presto señora
 de un más que mediano estado.
 GRIMAL. Burlóse de nuestro amor;
 que, en fin, el lobo peor
 se comé el mejor bocado.
 LELIO. ¿Dónde vive ese Homo Bono?
 GRIMAL. Aquí cerca, mas la casa
 de la ingrata con quien casa,
 por ser de mayor abono
 y más rica, servirá
 del civil tálamo agora.
 LELIO. Pues si ese tálamo adora,
 túmulo suyo será;
 seguidme, amigo Grimaldo.
 GRIMAL. ¿Pues qué pretendes hacer?
 LELIO. Vengarme de una mujer
 tan poco cuerda.
 GRIMAL. Pensaldo
 primero.
 LELIO. Pensado está.
 GRIMAL. ¿Quién tal elección creyera?
 LELIO. Quien en ellas considera
 que naturaleza está
 corrupta.
 GRIMAL. Eso no lo ignoro,
 que escogió (en historias hallo)
 Semiramis á un caballo,
 Paisfae lasciva á un toro.
 LELIO. Seguidme, que de ese aviso
 casi estoy por decir yo,
 que peor que esas escogió
 la mujer que á un sastré quiso.
(Vanse.)

ESCENA VII

Salen el santo HOMO BONO y un POBRE muy roto.

POBRE. Vime, señor, en estado
 feliz y rico, otro tiempo,
 ¡las desdichas qué no mudan?
 El mundo es mar lisonjero,
 convida con las bonanzas,
 embárcase el pasajero,
 trúcase en tormentas todo;

porque donde reinan vientos
 ¿quién hay que firmeza aguarde?
 Amores, fiestas y juegos,
 triunvirato de los vicios,
 mi sustancia consumieron
 cuando rico tuve amigos;
 cántanle al sol en naciendo
 porque le ven caudaloso
 de rayos de oro; mas luego
 que le ven pobre de luz
 huyen aves; que en invierno
 no perecen las hormigas
 que al trigo el agosto fueron.
 Solo, señor, me dejaron;
 ya ni me conocen deudos,
 ni estiman acompañarme,
 sino llantos y escarmientos:
 doléos de mi desnudez.
 HOMO. La compasión que yo os tengo
 es tal, que no necesita,
 mi pobre, de esos ejemplos.
 ¿Vos desnudo y yo vestido?
 no lo permitan los cielos.
 Novio soy, no vió mi padre
 mis peligros, que está ciego;
 en el mar que os llevó á pique
 echa á fondo el mucho peso
 á quien de hacienda se carga;
 si agora la Cruz me han puesto
 del matrimonio, que es plomo,
 anegaráme en su centro
 no aligerando su carga;
 entre los dos la llevemos
 yo la Cruz, y vos la ropa.

(Desnúdase.)

Tomad, vestíos, que allá dentro,
 en mis fiestas ocupados,
 no me verán socorremos.
 Desnudo en la Cruz estuvo
 mi Dios, humanado verbo,
 cuando en tálamos de sangre
 se desposó amante tierno
 con la Iglesia; esposo soy,
 Cruz me ponen, y así quiero
 en mi Cruz estar desnudo,
 por imitarle hasta en esto.
 Tomad, tomad y partíos;
 no salga quien pueda vernos
 y piratas os despojen.

(Truecan vestidos.)

POBRE. ¡Oh, asombro del siglo nuestro!
 ¡Oh, sastré que viste á Dios
 en sus pobres! Los pies beso
 que estrellas han de pisar.
 HOMO. Pobre, ¿qué hacéis? Idos luego,
 que siento gente.

ESCENA VIII

Suena la música, y sale el Pobre arriba vestido de la ropa del Santo, con resplandores, y aparece un CRISTO.

CRISTO. Homo Bono
 por escarnio me pusieron
 púrpura cual rey de burlas,
 los ingratos de mi pueblo;

tú de veras me has vestido, deudor soy, pagarte quiero la ropa que me has cortado al talle de mis deseos; bien sabes tomar medidas, pues justamente me veo vestido y galán por ti, y así desde hoy más te tengo por mi sastre, las hechuras te pagaré, repartiendo contigo de mis trabajos moneda, que estima el cielo. Apercíbete á sufrirlos, que por el camino mismo que yo, cobrarás en gozos las usuras deste censo. *(Desaparece.)*

ESCENA IX

HOMO BONO.

Mi Dios, mi señor, mi bien,
(De rodillas.)
mi Rey, mi Pastor, Cordero,
mi rico pobre, mi luz,
volved, ¿por qué os vais tan presto?
¿Qué bien pagáis los vestidos
que os hace el humilde celo
de quien tira vuestros gajes!
Si os vistió del sayal nuestro
vuestra madre, dádivoso
pagáis el vestido nuevo
con hacerla Emperatriz
de los Querubas supremos;
si en accidentes de paz
os disfrazáis encubierto,
pagáis la amorosa hechura
dándoos, mi Dios, á vos mismo;
si yo un pobre vuestro visto
me prometéis, cuando menos,
coronas del oro puro
que se labra en vuestro reino.
Pues sois tan buen pagador,
yo, gran señor, os prometo
que he de vestir al fiado
cuantos pobres sin remedio
libraren, en mí limosnas;
y si son trabajos premios,
que ya vos calificasteis,
vengan millares, que en ellos
fundaré yo mis partidas;
pues si hipotecáis los cielos
que á ciento por uno pagan,
rico soy, que allá no hay pleitos.

(Quédase de rodillas elevado.)

ESCENA X

Sale PENDÓN.—DICH0. Luego VOCES.

PENDÓN. ¿Dónde estará nuestro novio,
que sin saber que se ha hecho
le esperan los convidados
la mesa y la cena en medio?
Oigan aquí la postura,
novio y hincado en el suelo,
sin ser clavo, los finojos,

desposado es recoleto.
Surge et ambula, que están
nuestros convivios diciendo
á las tripas, «dilatate»
y al gigote respondiendo,
«que me enfrió, que tiritó»
y dos patos reverendos
cantan al son de los frascos
este estribillo: «comednos»
Pero ¿cómo estás desnudo?

HOMO. Porque el matrimonio es fuego;
y en tales caniculares
se desnuda quien es cuerdo.

PENDÓN. ¿No asamos y ya pringamos?
eso es sudar por invierno.
Aún no has tocado á la novia;
¿dónde la ropilla has puesto?
¿Qué es del sombrero y la capa?

HOMO. Amigo, descuida desso.

PENDÓN. ¿Pues tienes de entrar así?

HOMO. No, sácame de allá dentro
un vestido más liviano.

PENDÓN. Voy, pues, por él.

HOMO. Con secreto,
sin que te sienta ninguno.

PENDÓN. Harélo así: mas ¿qué es esto?

(Voces y alboroto de dentro como que se quemán.)

UNQ. ¡Agua, que se está abrasando
nuestra casa!

TODOS. ¡Fuego, fuego!

UNO. Tomado nos han el paso
las llamas.

OTRO. ¡Socorro, cielos!

PENDÓN. ¿Socorro? que nos socorran
socarrones elementos:
¿qué habemos de hacer, señor?
¿Hay pozo, hay noria en el huerto?

HOMOB. Ya, mi Dios, vuestros trabajos
comienzan, y yo comienzo
con paciencia á recibirlos,
y con gusto á padecerlos.

TODOS. ¡Agua!

PENDÓN. Mejor fuera vino.

UNO. ¡Agua!

PENDÓN. Aquel es tabernero:
¡maldiga Dios quien tal pide! *(Vase.)*

ESCENA XI

Sale descabellada DOROTEA. Luego PENDÓN
y ESPERANZA.—DICH0.

DOROT. Esposo, el nombre de Bueno
que tienes, si se conforma
con tus obras verdadero
me defienda, que me abraso,
me socorra que me quemo.

HOMO. Piadoso Dios, no permita
vuestro amor clemente y tierno,
que mi esposa sea manjar
lastimoso deste incendio.
Imite yo á Job agora,
padezca mi hacienda y cuerpo,
no el alma, la vida no,

PENDÓN. Piñones mondados
en casa del pastelero.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Sale n DOROTEA, en hábito honesto y HOMO BONO
también.

DOROT. ¿Qué perdiciones son éstas,
Homo Bono, ó hombre malo,
que tanto pesar me cuestas?
¿es éste el gusto y regalo
que en nuestras bodas funestas
me prometiste? ¿Estas son
las ofertas que me hacías?
¿Las muestras de tu afición?
¿El fingir que me tenías
impresa en el corazón?

HOMO. ¿Pues en qué he desdicho deso?

DOROT. En que después de abrasada
mi hacienda, mi casa, el grueso
caudal que me hizo envidiada,
quizá por mi poco seso;
cautiva, si antes señora,
en la casa de tu padre
donde la miseria mora,
donde la pobreza es madre,
que siempre la hartura ignora.
Después que solo quedaste,
y tu padre se murió
su corta hacienda heredaste,
y mi dicha se trocó
en penas, desperdiciaste
pródigo, la humilde herencia
con que pudieras pasar,
¿bastarame la paciencia
á verte á mendigos dar
cuanto tienes? ¿No es conciencia
que á tu mujer empobrezcas
porqué á torpes pordioseros
cada instante favorezcas?
Socorran los caballeros,
que no es bien que tú perezcas
porque otros coman. *(Llora.)*

HOMO. Hermana,

no llores, mi bien, señora;
quien ciento por uno gana,
quien en su patria atesora
¿no es cuerdo? ¿No es cosa llana
que el pobre que se destierra
á las Indias, desde allá
despacha el oro á su tierra,
donde después no hallará
trabajos que le hagan guerra?
Si aquí somos pasajeros
y en unas Indias estamos
donde, en fin, como extranjeros
buenas obras empleamos,
que valen más que dineros;
y hipotecando fianzas,
Dios que esta finca asegura,
en sus partidas le alcanzas,
¿no es bueno el prestarle á usura?

sacarla en los brazos quiero
en vuestro favor fiado.

(Llébala en brazos. Sale Pendón con un cántaro.)

PENDÓN. ¡San Antón, San Telmo,
San Cristóbal en los rayos,
Santa Bárbara en los truenos,
te rogamos audi nos!

(Sale Esperanza con otro cántaro; encuéntrase con Pendón, quiebrantos y caen.)

ESPERAN. ¡Ay!

PENDÓN. Esperanza ¿qué has hecho?

ESPERAN. Cascos y no de membrillos.

PENDÓN. En los míos, á lo menos,
tocaste casco ¿á do vas?

ESPERAN. ¿Qué sé yo?

PENDÓN. Seguirte quiero.

ESPERAN. No es este tiempo de burlas,
que me abraso.

PENDÓN. Pie de puerco
seré pues que me chamuscan.

ESPERAN. En la tinaja me meto
del agua.

PENDÓN. Pues no te sigo
que me volveré cangrejo. *(Vase.)*

ESCENA XII

Sale n LELIO y GRIMALDO y luego HOMO BONO, y asidos
DOROTEA, SABINA, ESPERANZA, ROBERTO, VALERIO y
PENDÓN.

LELIO. Abrásense, pues me abrasan
en la Troya de mis celos.

HOMO. No teman, mis pasos sigan.

GRIMAL. Dividiéndose ya el fuego
por donde Homo Bono pasa,
que es santo, y tiene respeto.

HOMO. Desmayada ya mi esposa,
aliviad sus desconsuelos
en tal trabajo, Dios mío.

SABINA. Mientras le toco no temo
las llamas que huyen de mí.

ROBERT. Contigo seguro vengo,
caro Eneas deste Anquises.

PENDÓN. Es labónome siguiendo
éstos cofrades de luz.

ESPERAN. Yo tras ti, Pendón, no temo.

PENDÓN. ¿Tu tras mí?

ESPERAN. ¿Pues no lo ves?

PENDÓN. ¿Qué mala contera llevo!
Ea, mi Dios, abrasada
la hacienda, mejor podremos
serviros, que siempre han sido
los bienes impedimentos
de la virtud. Padre mío,
en vuestra casa el remedio
desta desgracia tengamos.

ROBERT. Vamos hijo, pues tan presto
cuando rico te juzgaba
empobreciste, que necio
es quien de candelas fía
y no en virtud.

PENDÓN. Parecemos

sin cáscaras y en cámbisa,

¿Esperancilla, dirélo?

ESPERAN. Dilo.

Los pobres son las libranzas;
Dios mismo las rubricó,
¿no cobran los que los aman?
¿Dios por ellos no salió?
letras de cambio se llaman,
rotas sí, falidas no.

¿Pues qué penas te hacen guerra?
y dime, ¿qué peregrino
no admite, sino es que yerra,
el hambre y sed del camino
por vivir rico en su tierra?

DOROT. En valde gastando estás
ejemplos, que es barbarismo,
nuestra ley dice: «amarás
de la suerte que á ti mismo
á tu prójimo, no más.»
Si como á ti mismo amaras
pobres, tú los socorrieras
con límite, y no gastarás,
loco, con estas quimeras
tanto, que hambriento quedarás.
¿No eres tú primero que ellos?
Pues ¿por qué por ti no miras?

HOMO. Razones por los cabellos
traes que disparan mentiras
y engaños, ciega con ellos.
Yo tengo, mi Dorotea,
oficio, gracias á Dios,
que nuestro socorro sea,
y para vivir los dos,
tu labor y mi tarea
nos sobra. Una posesión
de mi herencia he reservado,
cuyos frutos en sazón
te sacarán de cuidado
y á mí de tu indignación;
en ella el cielo dilata
por la tierra su tesoro,
siempre á la limosna grata,
con trigos de granos de oro
y ovejas que peinan plata;
allí (si en hacienda apoyas
tu interés), de verdes parras
forma Baco claraboyas,
cuyas bastigas bizarras
cuelgan racimos por joyas;
allí, pasado el Septiembre,
heredero del Agosto,
cuando á usura el grano siembre,
paga el campo en trigo y mosto
censos que goza el Diciembre;
allí, en fin, esposa mía,
pechera Ceres cada año
para ti regalos cría,
sin que esterilice el daño
frutos que el cielo nos fía,
que, como soy su rentero,
no quiere que se destruya
el diezmo que darle espero,
porque como hacienda suya
la guarda su jornalero.

DOROT. No niego yo que pudieras
con tu oficio y la presente
heredad pasar, si dieras,
menos recio y más prudente,
limosna con tasa, y vieras
que hay mañana, y que no cría

cada instante frutos Ceres.
¿No es justa la pena mía,
si lo que en un año adquieres
das á pobres en un día?
Ven acá, desperdiciado:
siendo tú un pobre oficial,
que en la aguja ha vinculado
el limitado caudal
que me redujo á este estado,
¿por qué las más de las horas
has de gastar en visitas
de enfermos que no mejoras?
¿Por qué al sueño el tiempo quitas
y siempre rezando lloras?
El cielo es todo alegría;
su tiempo tiene el llorar,
como la noche y el día,
y la devoción lugar
en ella, si en Dios la fía;
¿tengo yo de estar al lado
de un hombre que eternamente
suspirando y congojado
me consuma?

HOMO. ¿Qué imprudente,
Dorotea, has imitado
á la mujer de aquel santo,
prodigio de la paciencia!
¿Tú, reprendiendo mi llanto,
y ella la justa obediencia
que le medró nombre tanto!
«Bendice á Dios, le decía,
y muérete»; y tú también
reprendes la pena mía,
porque tus hijos no ven
cuán mal dice el alegría
con las culpas, que son jueces
que siempre el cuerdo tembló.
¿Risa, pecando, me ofreces?
nadie á Dios riyendo vió,
mas sí llorar muchas veces.

DOROT. Ea, llora hasta que estés
ciego; veremos del modo
que puedes ganar después
de comer; gástalo todo
en pobres; vive al revés;
no repares en los fines,
que al fin la gloria se canta,
puesto que no la imagines.
Prima con los monjes canta;
con ellos vete á maitines;
llama á sus puertas helado,
y deja sola á tu esposa,
pues su amor te causa enfado;
porque á media noche es cosa
santa que ronde un casado.
Ven acá, llorón fingido:
¿quién te mete á ti en mudar
el orden con que ha vivido
el mundo? ¿Manda cantar
maitines Dios al marido?
Si entre tanto que tú ausente
dejas sin hombre tu casa,
algún ocioso que siente
tu negligencia y se abrasa
porque su amor no consiente
violentase mi opinión,
tus ventanas escalase

and gozando la ocasión
con la mujer, te quitase
la honra y la devoción,
¿podrán después restauralla
los maitines y la prima?
¿Pues no?

HOMO.
DOROT. Calla, necio, calla;
tu casa y mujer estima
ya que no sabes amalla
que á no ser yo la que soy,
aprovechase ocasiones
que, cuerda, de mano doy;
y advierte que persuasiones
me han perseguido hasta hoy
de quien tú puedes saber;
gastos y pasos acorta,
porque ganes de comer
y mira bien lo que importa
tu honor y el de tu mujer.

(Vase.)

ESCENA II

HOMO BONO, una Voz y PENDÓN.

HOMO. Celos, mi Dios, serán vanos
si vos mi casa guardáis,
en ella por mí quedáis
contra peligros humanos.
Mas ¡ay pensamientos vanos!
¿quién no recela su honor
si la virtud y el valor
tal vez desvelarse supo
y en Joseph con tiempo cupo
seguridad y temor?
El santo y se desvelaba
desmintiendo lo que vía;
dejar su esposa quería,
puesto que no le culpaba;
yo vicioso, y que se alabe
mi mujer de vanidades
que pretenden mocedades.
Dadme vuestro favor, cielos,
que ya pasan de recelos
amenazas de verdades;
si de noche al templo voy,
mi Dios, es porque sosiego;
cuanto más á vos me llevo,
tanto más cerca os estoy;
pero si así lugar doy
á que mi honor se destruya,
¿qué he de hacer? ¿no es bien que huya
el riego que honras abrasa?

VOZ.

(De dentro.) No temas, ve tú á mi casa,
que yo guardaré la tuya.
HOMO. Pues si vos veláis por mí
¿qué peligro me acobarda?
«Si Dios la ciudad no guarda,
defenderla es frenesí»
dijolo David así,
y lo mismo decís vos,
afirmandolo los dos
sin peligros que temer,
segura está la mujer
cuya casa guarda Dios.
PENDÓN. Hermano, Dios le provea,
ó le ayude, si estornuda.

HOMO. ¿Qué es eso?
PENDÓN. Es cierta ayuda
que me enseñó Dorotea;
un pobre nos pide pan
y señora me ha mandado
que dé á todo remendado
un «Dios le provea» galán.
HOMO. ¿Qué dices hombre perdido?
¿á Dios de casa despides?
pan cotidiano le pides
y cuando él mismo ha venido
por los réditos del censo
que cada instante nos fía,
¿le echa tu descortesía
de casa? ¡Señor inmenso!
¿hoy que venís vos á honralla?
¿hoy que sois mi huésped vos?
PENDÓN. Que no es el que vino Dios
sino un traga sopas.

HOMO. ¡Calla,
bárbaro!
PENDÓN. Barbero no,
sastre sí, que hurtar desea;
al pobre, Dios le provea,
su mujer me lo enseñó;
falta el pan para nosotros;
no está el tiempo para gracias;
los pobres y las desgracias
se llaman unos á otros,
aun no lo sufren los perros
y «un Dios le provea» es trato
al uso bueno y barato;
como ensalada de berros.
HOMO. Anda, necio; llámale.
PENDÓN. ¿Que le llame? Si él se fuera
aun vaya, á la puerta espera
que pan y caldo le dé;
no le echarán dos virotos,
si por él no te descarnas;
que hay pobres, tiñas y sarnas
de toda puerta, pegotes.
HOMO. Pues dale pan.

PENDÓN. Si le hurtamos.
¿Eres hombre tú que dejas
ni aun para guisar lantejas
un migajón? ¿no tomamos
cuenta al arca y sus rincones
acabados de comer;
pues por no hallar que roer
aun no hay en casa ratones?
PENDÓN. Búscalo.

HOMO. ¿Qué dices,
si los pobres que vinieron
cuanto quedó se comieron
con más hambre que aprendices?
HOMO. Anda y ten en Dios más fe:
abre el arca y la hallarás
proveída.

PENDÓN. ¿En eso das?
No ha un hora que la dejé
más despejada y barrida
que la barba de un capón.
HOMO. Anda y míralo, Pendón,
que Dios nos dará comida.
PENDÓN. Si acá fuéramos judíos
pudiera llover maná;
más murióse Moisen ya.

HOMO. Ve y no digas desvarios.
PENDÓN. Voy, mas no quedó migaja. (Vase.)

ESCENA III

HOMO BONO.

Señor, que piadoso creces
cinco panes y dos peces,
y haciendo á Asuero ventaja
á cinco mil das convite,
que fuerzas y aliento cobran,
y doce espuestas que sobran
hacen que más se acredite
la fe, que introducir quieres
de tu poder soberano,
no está abreviada tu mano.
Dios fuiste entonces, Dios eres,
no permitas que mi casa
hambriento al pobre despida;
á ti te diste en comida,
que tu amor no tiene tasa;
dame, mi Dios, que te dé
á ti mismo.

ESCENA IV

Sale PENDÓN dando voces. Luego DOROTEA.—DICHÓ.

PENDÓN. ¡Encantamento,
milagro, asombro, portento!
(Sale Dorotea.)

DOROT. ¿De qué das voces?

PENDÓN. ¿De qué?

Acude al arca del pan
y hallarásla llena toda
de roscas, pan de tu boda,
de tortas de mazapán,
de rosquillas y de bollos,
de molletes de manteca,
dejámosla boquiseca
sin migajas para pollos;
mas tu marido que aboga,
por pobres que desembarca,
de nuestra arca fué Patriarca,
y ella es Arquisinagoga;
arcadas de nuestra fe
que el hambre libra de arcadas,
duquesa de Arcas.

DOROT. ¡Ya enfadas!

PENDÓN. Y es un arca de Noé;
¿de Noé? No dije bien
de sí he, pues hay en ella
tanta de la rosca bella;
si piensas que miento ven,
señor, venciste, acertaste.

HOMO. La fe nunca supo errar;
Dorotea, sin sembrar
jamás la cosecha hallaste.
Dar al pobre es dar al rico,
porque paga Dios por él;
quien con ellos es cruel
lo es consigo, aquí te aplico
ejemplos de tu favor
y premios de nuestra usura;

esa vez se transfigura
nuestro bien en el favor,
porque así quede notoria
su fe y vena á nuestro engaño,
que fué dar muestras del paño
con que nos viste en la gloria.
Lo mismo hace hoy su caudal,
pues porque segura estés
de lo que á sus pobres des,
esto no es más que señal
que allá nos guarda en el cielo
lo que Pablo, aunque lo vió,
á decir no se atrevió.
Aumenta de hoy más el celo
que debes á sus privados,
pues sus tesoros inmensos
obliga á infinitos censos
de caudales limitados.

DOROT. No tengo que responderte,
esposo, sino es pedirte
perdón, dichosa en servirte
y cuerda en obedecerte.

HOMO. ¡Mil veces feliz mujer
que tal dueño goza y ama!
Ea, mi bien, los pobres llama,
pues Dios los da de comer;
repárteles sus despojos.

DOROT. ¡Ay, pensamientos tiranos!
toda para dar soy manos
si en guardar toda he sido ojos.

(Vase.)

ESCENA V

HOMO BONO y PENDÓN.

PENDÓN. Agora que hay que comer
no nos dará la tarea
malas noches; Dorotea,
que trasnochaba á coser,
se podrá acostar temprano
y yo que por su ocasión
soy tu aprendiz, y al Pendón
añado tiras en vano,
me podré quejar de ti,
que de hambriento cada día
alforjas al viento hacia.

HOMO. Palabra esta tarde di
de acabar para mañana
la ropa de una doncella,
que ha de casarse con ella,
y por ser honesta y llana,
que yo no coso locuras
de telas y guarniciones,
yesca de las tentaciones
y lazos de la hermosura,
me huelgo que se concluya;
mientras que la acabo, pues,
los jornaleros que ves
que en mi granja, también tuya,
pues mis herederos son
los pobres, esperarán
su merienda, lleva pan,
vino y cecina, Pendón,
y díles que vas por mí,
que aunque ayer fuí á visitarlos
hoy tengo que hacer aquí.

PENDÓN. Y el vino y cecina ¿adónde
lo habemos de hallar? Si en casa
como por portazgo pasa
cuanta comida se esconde
en tu despensa y cocina.

HOMO. En el arca la hallarás.

PENDÓN. En el arca hay pan no más,
que el cielo no hace cecina.HOMO. Si eso y más de mi Dios fías,
no dudes, ve.

PENDÓN. Yo no lo dudo;
pero ni soy cabezudo
ni pido á Dios gollerías,
como tú.

HOMO. No seas cansado.

PENDÓN. Voy, más con harto recelo,
que si hoy da cecina el cielo
mañana dará adobado.

(Vase.)

ESCENA VI

HOMO BONO. Luego UNA VOZ.

HOMO. Aguja y hilo hay aquí;
cosamos y contemplemos,
que aunque contrarios extremos,
pues Vos habitáis en mí
dueño de mi corazón,
no desdeñaréis mi estilo,
que entre la aguja y el hilo
cabe también la oración.

(Asiéntase en un banquillo y cose una
ropa, y dentro canta una voz.)

UNA VOZ. «Entre los trajes profanos
que en el mundo inventó el vicio,
cantaba llorando un pobre
delante de un crucifijo:
Desnudo estáis por mis culpas,
amoroso dueño mío,
vos que los montes y valles
vestís de hierbas y lirios;
pedid que os vistá otra vez
vuestra madre, pues los hilos
de su llanto os tejerán
la tela de sus suspiros;
¡Ay, Dios de amor, desnudo;
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!»

HOMO. ¡Oh, qué voz tan regalada;
y qué á propósito vino
la música á mis deseos,
la letra á mis ejercicios!

(Cosiendo dice esto.)

Cantando trabaja el pobre,
siente el jornalero alivio
y desmiente con el canto
las tareas de su oficio;
y vos, amoroso dueño,
regaláis, tierno y meliflúo,
con música mis sudores
pagados y agradecidos;
¡vos en Cruz y yo asentado!
¿vos muerto por mí y yo vivo?
¿yo sano y vos doloroso?
¿vos desnudo y yo vestido?
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!

UNA VOZ. (Canta.) «En vos enclava los ojos
traspasada del cuchillo,
que predijo Simeón
tu corazón afligido.
Decilda, que pues os rompen
las ropas que el parainfo
vino á pedir que os vistiese
cuando con el Ave vino,
que os vista agora del sol
que la sirve de vestido,
aunque en tinieblas de llanto
mal su sol podrá vestiros.
¡Ay, pobre rico,

HOMO. Vestidme vos agora de vos mismo!
A esotro lado tenéis
mi Dios, vuestro Juan querido,
que os llora agora despierto
y antes os gozó dormido.
Desnudo os ve, y pues le rompe
el dolor de su martirio
las telas del corazón,
de tela podrá vestiros.
Al pie de esa Cruz está
la que por pies se ha valido,
y por darla vos los pies
ha dado de pie á sus vicios.
Haced que os vista, mi Dios,
pues hechos los ojos Nilos
pretende su amor, que á nado
os libréis de ese peligro.
¡Ay, pobre rico,

UNA VOZ. (Canta.) «El oro de sus cabellos
esmalta el rosicler fino
de vuestra preciosa sangre
para que valga infinito;
decid, pues son de brocado,
que os teja ornamentos finos,
celebraréis Misa nueva,
Sumo Pontífice Pío;
mas pues no halláis en el suelo
socorro, dulce amor mío,
alza al cielo los ojos
y cubriraos de jacintos;
mas, ¡ay!, que los ha cerrado
el riguroso castigo
con que hacéis ejecución
de mis deudas en vos mismo.
¡Ay, Dios de amor desnudo!
¡Ay, pobre rico,
vestidme vos agora de vos mismo!

(Baja muy despacio un Cristo crucifica-
do, grande, desde lo más alto del vestua-
rio, y va subiendo Homo Bono al mismo
compás, sin reparar que sube, haciendo
labar hasta que á la mitad de la pared se
junta con él, y entonces se levanta y le
abraza.)

HOMO. ¡Qué de contado pagáis
lo que negligente os sirvo!
Pelicano de mi amor,
sol eclipsado divino,
comiendo el hombre soberbio
la fruta del Paraíso
y vos prendado en la ropa
inocente y con castigo.
Vístase, amoroso amante,
el hombre torpe y lascivo

sedas, que el gusano teja;
que yo dichoso me visto
desta humilde desnudez,
destos cardenales ricos,
desta grana misteriosa
desta púrpura de Tiro.
Al sagrado destas llagas
de mis esperanzas nido,
de mis congojas consuelo,
de mis temores asilo,
huyo de vuestro rigor,
á vuestra clemencia asido
á estos clavos sacrosantos;
mi Dios pequé, Iglesia pido.
¡Ay, Dios de amor desnudo!
¡Ay, pobre rico!
¡qué más ventura si de vos me visto!

(Encúbrense los dos.)

ESCENA VII

LELIO y GRIMALDO, como de noche.

LELIO.

Esta es buena ocasión, que Dorotea
estará sola en casa, si del modo
que otras veces, su hipócrita se emplea
en trasnochiar, rezando.

GRIMALDO.

El tiempo todo
gasta devoto en Dios, y quien desea
á su mujer (que yo no me acomodo
á pretensión tan bárbara) recelo
que intenta loco combatir el cielo.
El en maitines, salmos á Dios canta,
y Dios á socorrer su honor se obliga,
Dios vive en esta casa porque es santa,
y Dios si tal vez sufre, tal castiga;
cuando él para alabarle se levanta,
¿osáis vos, Lelio, mientras le bendiga
ejecutar el vicio que os abrasa
y competir con Dios en esta casa?

LELIO.

Por Dios, Grimaldo, que venís devoto.
A Dios me remitís ¿no veis que es tarde?
Alivio busco, porque llamas broto;
no se teme anegar el que se arde;
miedo debe engendrar vuestro alboroto;
como Letrado sois, seréis cobarde;
nunca es valiente la jurispericia;
plumas, no espadas, juega la justicia:
volvéos, Grimaldo, á ver vuestros Digestos,
que yo he de proseguir con mi osadía.

GRIMALDO.

No términos en vos tan descompuestos
destemplanán mi noble cortesía;
yo sé leyes de honor como de textos,
reñir de noche y estudiar de día;
y si amistad con vos no profesara,
no la pluma, el acero os castigara.
Ciego estáis, no me doy por ofendido;
competid con valientes, no con santos:
Homo Bono por tal es conocido,
que vence no con armas, mas con llantos.
Dios el alcaide de su casa ha sido;

sus ángeles la guardan, contra tantos
¿osaréis ser valiente?

LELIO.

No sabía

que era elocuente ya la cobardía.
¿Qué santo ó qué nonada? El vulgo necio
le juzgará por tal, el ignorante;
no yo, que la bajeza menosprecio
que en traje de humildad es arrogante.
A un bárbaro simplón, ¿no es caso recio,
que el torpe vulgo estatuas le levante?
¿qué milagros le apoyan y acreditan?
¿qué muertos por su causa resucitan?
Andad, Grimaldo: en viendo cabizbajo
á un hombre, hablar por tiple, reprendiendo,
luego es apóstol; luego halló el atajo
del cielo, su limpieza encareciendo.
Es el ocio, cuando huye del trabajo,
engaña bobos: no todo remiendo
tiene la santidad por ejercicio;
disfraces sabe hacer también el vicio.
Un sastre miserable, un pobre idiota
que á título de humilde, su tijera
hurta más que las otras, sin dar nota,
porque juzgan los necios lo de fuera,
soberbio el corazón, cara devota,
ya es otro San Alejo en la escalera
y puede ser que agora en bodegonas
trueque por embriagueces, oraciones.

GRIMALDO.

¡Dios me libre de vos! ¡Jesús mil veces!
Lelio, no os digo nada, la malicia
eclipsa las más puras sencilleces.

LELIO.

Y también es gitana la avaricia.
¡Vive Dios, que de engaños y dobleces
no he de creer la hipócrita noticia
que le apoya en Cremona, que es un...

GRIMALDO.

¡Paso!

LELIO.

¡Miren de quien las gentes hacen caso!
¿Vos no advertís que con virtud fingida
nos llevó á nuestra dama, y qué burlados,
él jactancioso y ella arrepentida
nos dejó sutilmente lastimados?
Pues en venganza desto, si la vida
les costase esta noche á mis cuidados,
su esposa he de robarle y con violenta
mano templar mi amor, vengar mi afrenta.
Cerrada está su puerta, pero á coces
la echaré por el suelo; ya ha caído.

(Da una cox á la puerta, ábrese. Está
en ella un angel con una espada de fuego,
cae Lelio desmayado, huye Grimaldo y
sale Homo Bono.)

ESCENA VIII

UN ANGEL, GRIMALDO y HOMO BONO.

ANGEL. ¡Blasfemo! ¿que es Alcaide no conoces
Dios desta casa?

GRIMAL. ¡Cielos, favor pido!
(Desaparece el Angel.)

ESCENA IX

Sale PENDÓN, HOMO BONO, LELIO y luego UNA VOZ.

HOMO. Al umbral de mi puerta ¿quién da
[vozes?

PENDÓN. Por Dios que los peones lo han bebido
como unos paladines.

HOMO. En el suelo
está sin vida un hombre, ¡santo cielo!

PENDÓN. ¿Señor, eres tú?

HOMO. ¡Ay, Pendón!
A mis puertas desmayado
está un pobre, yo habré dado
á su desgracia ocasión.

PENDÓN. ¿Tú, por qué?

HOMO. Porque vendría
con hambre y necesidad;
faltóme mi caridad,
la culpa, Pendón, es mía;
levantémosle los dos. (Levántante.)

PENDÓN. ¡Malos años, cómo pesa!
¿pues no huele á algalia?

HOMO. Pendón, agora cesa
de locuras. ¡Ay, mi Dios!
¿No es este Lelio?

PENDÓN. En la trampa
cayó esta vez la raposa;

golosmea r vuestra esposa
queria, miren si escampa.
No malicies.

HOMO. No malicio;
mas calla, que él lo dirá.

PENDÓN. Vivo parece que está.

HOMO. ¿Si viene á aprender oficio?

PENDÓN. ¿Señor Lelio, á tales horas
vos por aquí? ¿qué queréis?
habladme, ¿no respondéis?

(Hace señas que está mudo.)

PENDÓN. ¡Hay tal desgracia!
¿Pues lloras?

HOMO. ¿Qué ha de hacer mi compasión?
Decidme á lo que venís...

LELIO. Aba, aba, ba.

PENDÓN. ¿Habas pedís?
¿mejor no fuera un jamón?

HOMO. Sin duda que ha enmudecido.

PENDÓN. ¡Oh, si lo fueran también
cuantas mujeres nos ven!

HOMO. ¿Qué es lo que os ha sucedido?

LELIO. Aba, aba.

PENDÓN. Que vió un Abad;
¿pues qué importa que le vea?

LELIO. Aba, aba.

PENDÓN. Bien deletrea;
señor, ya sabe el B. A. Ba;
escribirá cuando viejo.

HOMO. ¿Lelio, no nos respondéis?
¿qué ha sido ésto, qué tenéis?

LELIO. Aba, aba.

PENDÓN. Pide abadejo.
Piadoso amante que abriste
á las lenguas los candados
de aquellos niños sagrados
cuando el dulce *hosanna* oistes,
vuestro amor rompa este nudo,

HOMO. Piadoso amante que abriste
á las lenguas los candados
de aquellos niños sagrados
cuando el dulce *hosanna* oistes,
vuestro amor rompa este nudo,

y vuelva la voz suave,
porque con ella os alabe;
cantará después de mudo
del modo que Zacarías
aquel *Benedictus* tierno
Himno de la iglesia eterno
que entonan las jerarquías.

(Hincase Lelio de rodillas y hace señas
de arrepentirse.)

Ea, Señor, que parece
que humilde os pide perdón (Dentro.)

UNA VOZ. Hable por tu intercesión,
puesto que no lo merece.

LELIO. Pon, Santo, en aquestos labios
los pies, pues los has abierto;

cerrólos mi desacierto,
ellos te hicieron agravios
y ellos, desde hoy más, serán
de tu virtud pregoneros;

murmuráronte groseros
ya desde hoy te alabarán;
ofender torpe y lascivo
tu honestidad pretendí.

volvió el mismo Dios por ti,
piadoso aunque vengativo;
Paraiso fué tu casa,
quise entrar en ella ciego,

vibró un serafin de fuego
la espada que vista abrasa:
yo propongo de imitar
tus virtudes desde agora.

HOMO. Mi Dios, quien firme os adora
no tiene que recelar.

LELIO. Lelio, si el frágil sujeto
del hombre deja postrarse,
favor para levantarse
ofrece el cielo al discreto;

que yerre nuestra ignorancia
no es mucho, en el más robusto,
siete veces cae el justo;
pero la perseverancia

en el vicio, esa condeno;
volved desde aquí por vos
por la honra vuestra y de Dios;
ponga la prudencia freno
de la travesura loca

y hacedme á mí una merced.

LELIO. Mandad, decid, disponed.

HOMO. Lo que os pido es que en la boca
que abrió del cielo la ayuda
viva seguro el secreto:
deste milagroso efecto

esté en mi alabanza muda,
si en la de Dios pregonera,
que vuestro médico fué.
¿Prometéislo?

LELIO. Callaré,
si bien la lengua quisiera
en que bajó la paloma
divina, para alabaros.

HOMO. No, Lelio, que es afrentaros;
mirad que palabra os toma
mi temor que mientras viva
no contaréis lo que pasa
á nadie; volvéos á casa.

LELIO. Quien de alabaros me priva
que os sea ingrato me manda;

pero, en fin, sois santo vos: obedecereis.

HOMO. Adiós. (Vase Lelio.)

ESCENA X

PENDÓN Y HOMO BONO.

PENDÓN. Vuelva y llevará otra tanda, mas, señor, no medraremos si en curar mudos te metes mejor que en echar ribetes. A nuestras puertas pondremos un cartel de letras grandes donde diga: «Aquí ha venido un cirujano que ha sido Protobarbero de Flandes, que quita con eficacia á las lenguas los bragueros, á los moros por dineros y á los cristianos de gracia.»

HOMO. Dios te la dé porque seas discreto, Pendón.

PENDÓN. Si hará. Pero más se ganará en esto que en tus tareas.

HOMO. Ya es de día y no he cumplido con la obligación que tiene mi oficio; ¿qué haré si viene la novia por su vestido y sólo está comenzado?

PENDÓN. Que dilate el desposorio en día de purgatorio para ella y para el velado. Mas tus puertas se han abierto: oye.

HOMO. ¿Qué es esto, mi Dios?

ESCENA XI

Están asentados en dos banquillos, cuando se abren las puertas, dos ANGELES, cosiendo una ropa; hincado HOMO BONO de rodillas, suena música.—Dichos.

PENDÓN. ¿No ves los Angeles dos cosiendo, ó no estoy despierto? ¡Oh! Aprendices celestiales tu profesión autorizan, y mientras rezas, sastrizan. ¡Qué lindo par de oficiales! Sastrés desde hoy os abono.

HOMO. No oso levantar del suelo los ojos.

ANGEL. Así honra el cielo las virtudes de Homo Bono.

PENDÓN. ¡Volaverunt!

HOMO. Vuestras plumas me prestad porque os alcance; no pierda yo tan buen lance, ministros de gracias sumas. Esperadme y pagareos vuestro trabajo y jornal, pues ya que falta caudal, moneda acuña deseos. ¿Alas no tiene la fe? Pues aunque el temor las corta,

fe tengo; volad, no importa, que en la iglesia os hallaré. (Vase.)

PENDÓN. Si todos los sastrés fueran como estos dos, qué poquito se añadiera el pendoncito, y qué menos que mintieran. Blasonen los zapateros de que nos ganan de mano San Crispín y Crispiniano; hermanos y compañeros. ¡Que presto que son felices, más lo es el oficio nuestro, donde Homo Bono es maestro y ángeles los aprendices!

ESCENA XII

Sale LELIO, GRIMALDO, DOROTEA, SABINA y ESPERANZA.

DOROT. Los pésames que hasta aquí me dábadis y trocáis en plácemes que envidiáis por la dicha que adquirí en el esposo que tengo, confieso al paso que estimo; dióme el cielo por arrimo al Santo, que á gozar vengo. ¡Dichosa casa abrasada; dichosa hacienda perdida; dichosa, aunque pobre, vida en Homo Bono empleada! ¡Ay Lelio, ay Sabina, que es mi dueño un siervo de Dios!

SABINA. Lástima os tuve á los dos y envidia santa después. Cosas cuentan prodigiosas de su ardiente caridad.

GRIMAL. Pues todas serán verdad si en los otros fabulosas.

SABINA. Contadnos algunas dellas, porque todas no podréis.

DOROT. Fuera de las que sabéis, digno de amarle por ellas, una os diré solamente. Tenemos una heredad no lejos desta ciudad pequeña, mas suficiente; llevaba mi esposo amado tal vez á los viñaderos de comer, y aunque groseros, de todos reverenciado; con gusto le recibían y cada cual confesaba que en lo poco que les daba cuerpo y alma mantenían. Gustaba de ir en persona siempre que hallaba lugar, mi esposo, con el manjar: salió una vez de Cremona, con las alforjas á pie, y en la mitad del camino vió cansado á un peregrino; con él platicando fué, supo su necesidad, hizole que se asentase, rogóle que merendase.

GRIMAL. es tan portentoso y nuevo? Contádnosle.
LELIO. No me atrevo, porque callar prometí.

ESCENA XIII

Sale VALERIO.—Dichos.

VALERIO. Amigos, venid á ver maravillas que Dios hace en la humildad que sublima cuando en la soberbia abate. Ya el asombro de Cremona, el Homo Bono, aquel sastré de la Cámara de Dios, libre de la mortal cárcel del cuerpo, á los cielos vuela para que en ellos le pague con su gloria las hechuras que ajustan cuentas y alcances: por los pobres que ha vestido quiere Dios que le acompañen ángeles, que tal vez fueron dentro su casa oficiales. Oyendo aquel sacrificio misterioso y inefable en que obliga el sacerdote que al pan Dios del cielo baje, al entonar aquel himno que ofrece glorias y paces á los cielos y á los hombres, cuando humano el verbo nace, herido el pecho de amor, como estrecho en él no cabe, tanta inmensidad de fuego en sus llamas naufragante, cedió la vida á la muerte; llegó al fin de su viaje voló el alma y tomó puerto en aquel feliz paraje donde arenas son estrellas, donde no llegan combates, del mar, que anega virtudes, siendo vicios huracanes. Quedó hincadas las rodillas, resplandeciendo delante del altar mayor quien puede ya calificar altares; pero escuchad, si sois dignos, las fiestas que al cielo le hace, las norabuenas que goza, los santos que á verle salen.

ESCENA XIV

Corren una cortina y van subiendo con música el Santo vestido de una ropa larga de tela, con unas tijeras de sastré en la mano izquierda y en la otra una cruz. Dichos.

PENDÓN. ¡Ah, señor amo, ah maeso! ¿dónde bueno? ¿asi se parte? ¿á buenas noches nos deja? ¿sin su aprendiz se va el sastré? Pero allá no hay que coser,

Es larga su caridad; dióle de lo que llevaba, con el vino satisfizo su sed; era advenedizo, el cansancio le brindaba y el calor todo lo agota; tanto fué lo que bebió que con el vino acabó. Fuese, y llenando la bota mi dueño, en la primer fuente, llegó á sus trabajadores, agradeció sus sudores, y haciendo asentar la gente los repartió la merienda, si bien receloso estaba que el vino les defraudaba; mas porque nadie lo entienda, bendiciendo la bebida alegre se la entregó, uno, á pechos se la echó diciendo: «No vi en mi vida vino de tan buen sabor». Afirmó luego el segundo: «No puede haber en el mundo tan generoso licor». Lo mismo dijo el tercero; mas mi esposo que pensaba que cada cual se burlaba dijo: un pobre pasajero pidiéndome de beber la agotó, la sed abrasa, iremos, hijos, á casa y podréis satisfacer este engaño. Destos tales, dijeron, nos hagan ciento: mi esposo que en su contento vió, de lo que era, señales, lo probó, y agradecido al cielo, los obligó á callar, mas no bastó, porque muchos lo han sabido, y aunque encubrirlo desea, el cielo á su fe acomoda el milagro de la boda de Caná de Galilea.

ESPERAN. De otra suerte lo distilan los hermanos taberneros, sino díganlo los cueros que á poder de aguas opilan.

GRIMAL. Yo le vi, aunque no ha estudiado, que una vez que disputaba un hereje y afirmaba un error desatinado, le confundió con razones de tan sutil teología, que parece que tenía ciencia infusa.

SABINA. En ocasiones semejantes ya yo sé que Dios en su lengua está. Como á media noche va á la Iglesia, yo le hallé una, á sus puertas llamando, pero como no le oyeron, ellas mismas se le abrieron; mas ¿para qué estoy contando milagros, si el que hizo en mí

DOROT. que es la ropa perdurable
de la gloria que Dios viste
sin peligro que se rasgue.
¡Ay, esposo de mi vida!
¿cómo si tanto me amaste,
entre las penas me dejas
y á los deleites te partes?
¿No somos los dos consortes?
llévame contigo, alcance
la acción debida, que tengo

PENDÓN. á los bienes gananciales.
Esperanza: á un monasterio,
tú motilona, y yo fraile,
no hay que hablar en matrimonios,
San Pendón han de llamarme.
LELIO. Esta historia nos enseña
que para Dios todo es fácil,
y que en el mundo es posible
ser un hombre *Santo y Sastre*.

COMEDIA FAMOSA

LOS LAGOS DE SAN VICENTE

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

FERNANDO, <i>Rey</i> .	DOS MOROS.
DON TELLO.	DON GUTIERRE.
DOÑA BLANCA.	DON GARCÍA.
DOS CAUTIVOS.	CASILDA, <i>santa</i> .
AXA, <i>mora</i> .	SAN VICENTE.
REY MORO.	ABÉN ROGEL, <i>moro</i> .
CARRASCO, <i>pastor</i> .	NUESTRA SEÑORA.
MARI PABLOS.	JUAN PASCUAL, <i>rústico</i> .
MÚSICOS.	DOS PASTORES.
ALÍ PETRÁN, <i>moro</i> .	

ACTO PRIMERO

ESENA PRIMERA

En lo alto de unos riscos PASCUAL, villano, muy á lo grosero con un bastón y una honda. Por la mitad de los riscos el REY DON FERNANDO, de caza.

PASCUAL. ¡Hao! que espantáis el cabrío.
¡Verá por dó se metió!
¡Valga el diablo al que os parió!
Echá por acá, jodio.
Teneos el abigarrado.
FERNAN. Enriscado me perdí;
Pastor, acércate aquí.
PASCUAL. Sí, acercáosle, que espetado; (1)
pues yo os juro á non de san
que si avisaros no bonda
y escopetina la honda
tres libras de mazapán,
mijor diré mazapiedra...
¡Hao! que se mos descarría
el hato.
FERNAN. Escucha.

(1) En la reimpression sevillana dice:
Sí, acercaos ¡qué espantado!

PASCUAL. Aún sería
el diablo; verá la medra
con que mos vino; arre allá
hombre del diablo, ¿estás loco?
ve bajando poco á poco,
no por ahí, ancia acá.
¡Voto á san, si te deslizas...
FERNAN. Acerca, dame la mano.
PASCUAL. Que has de llegar á lo llano,
bueno para longanizas.
(Alárgale el bastón para que se tenga á él.)
Agarraos á este garrote.
¿Quién diabros, por aquí os trujo?
Teneos bien, que si os rempujo,
no doy por vueso cogote
un pito.
FERNAN. ¿Qué tierra es ésta?
PASCUAL. La Bureba de Castilla.
FERNAN. ¡Notables riscos!
PASCUAL. Mancilla
vos tengo.
FERNAN. ¡Qué extraña cuestas!
PASCUAL. Llámase Espanta roines.
FERNAN. No sé yo que haya en España
tan escabrosa montaña.